

Ciclo "c" con "c" de Cuaresma

Cuarta Semana

"El Padre deseaba. El hijo malo apetecía. El bueno cumplía. Ninguno de los dos hijos tenía el deseo sanamente estructurado.

El malo no se relacionaba con personas, sino con las cosas que podían venir de esas personas. Vivía en el Reino de la necesidad. Lo que necesitaba, eso quería. Vivía de cosas y las devoraba. A las personas la trataba como cosas. Destrozaba al padre o ponía precio a las mujeres. Vivía como los cerdos, y ellos le hicieron reflexionar. Entra dentro de sí mismo cuando ve, al no tener a nadie, que su vida no es reducible al mundo de la necesidad y empieza a añorar la presencia del Padre, al que define ahora como bueno (trata bien a los jornaleros) y no como rico (dueño de las cosas). El deseo sabe y cuida la presencia del Otro (después explicaré la mayúscula) en su totalidad.

El hijo bueno no está en mejor situación, porque también ha reducido al Padre al tamaño de un código-cosa y, en consecuencia, imagina que sabe cómo agradecerle con el cumplimiento exacto de su Ley. En realidad, "el niño bueno" también cosifica al Padre y no sabe vivir en su casa. No sabe tampoco de presencia, aunque esté cerca del Padre en apariencia, y así no puede alegrarse de la recuperación del otro hermano cuando ello supone pérdida de ventajas cosísticas (hectáreas de finca o cordero cebado).

El Padre sí desea. Quiere a los dos hijos y los quiere completos y más allá de lo gratificante que puedan ser para él sus conductas. A los dos lo quiere libres, incluso si le abandonan a él o arramplan con todo lo suyo. El deseante quiere la presencia del Otro, pero sabe vivir y respetar –aunque sea muriendo y oteando caminos- la ausencia del Otro. El deseante, con Rilke, "puede vivir en los abrazos, porque sabe morir en ellos". El deseante sabe que el amor comporta desgarros y distancias con el hijo "aprovechado" o "leguleyo". El Padre-deseante reconoce las mayúsculas de los hijos que se escapan con su libertad mal entendida. El ser humano que verdaderamente desea quiere el nombre del Otro, se entenece con su presencia y reconoce la exigencia de la ausencia y la distancia".



José María Fernández – Martos. Sal Térrea.

Imagen de: Conchi Márquez . Abrazo.

4 Cuaresma (C), Lucas 15, 1 - 3. 11 - 32

CÓMO IMAGINA JESÚS A DIOS JOSÉ ANTONIO PAGOLA SAN SEBASTIÁN (GUIPUZCOA).

ECLESALIA, 14/03/07.- No quería Jesús que las gentes de Galilea le sintieran a Dios como un rey, un señor o un juez. Él lo experimentaba como un padre increíblemente bueno. En la parábola del «*padre bueno*» les hizo ver cómo imaginaba él a Dios.

Dios es como un padre que no piensa en su propia herencia. Respeta las decisiones de sus hijos. No se ofende cuando uno de ellos le da por «muerto» y le pide su parte de la herencia.

Lo ve partir de casa con tristeza, pero nunca lo olvida. Aquel hijo siempre podrá volver a casa sin temor alguno. Cuando un día lo ve venir hambriento y humillado, el padre «*se conmueve*», pierde el control y corre al encuentro de su hijo.

Se olvida de su dignidad de «señor» de la familia, y lo abraza y besa efusivamente como una madre. Interrumpe su confesión para ahorrarle más humillaciones. Ya ha sufrido bastante. No necesita explicaciones para acogerlo como hijo.

No le impone castigo alguno. No le exige un ritual de purificación. No parece sentir siquiera la necesidad de manifestarle su perdón. No hace falta. Nunca ha dejado de amarlo. Siempre ha buscado su felicidad.

Él mismo se preocupa de que su hijo se sienta de nuevo bien. Le regala el anillo de la casa y el mejor vestido. Ofrece una fiesta a todo el pueblo. Habrá banquete, música y baile. El hijo ha de conocer junto al padre la fiesta buena de la vida, no la diversión falsa que buscaba entre prostitutas paganas.

Así le sentía Jesús a Dios y así lo repetiría también hoy a quienes olvidados de él, se sienten lejos o comienzan a verse como «perdidos» en medio de la vida.

Cualquier teología, predicación o catequesis que olvida esta parábola central de Jesús e impide experimentar a Dios como un Padre respetuoso y bueno, que acoge a sus hijos perdidos ofreciéndoles su perdón gratuito e incondicional, no proviene de Jesús ni transmite su Buena Noticia de Dios.

HAY ALEGRÍA EN EL CIELO

Un padre tiene dos hijos que eran la envidia del pueblo.

Son su ilusión, su esperanza.

No educa con prohibiciones ni con castigos severos;
les pide honradez y trabajo, mucha fe y mucho respeto.

Pero sus hijos le fallan, y su dolor es inmenso.

El pequeño se marchó... ¿qué será de su pequeño?

Pasaron días y meses entre esperas y desvelos...

Mas cuando vuelve aquel hijo casi estalla de contento.

¿Qué castigo le impondrá?

¡Lo castigará con besos!

La casa en fiesta y banquete, anillo y vestidos nuevos.

¿Qué pasa con el hermano que parece estar de entierro?

Está ajustando las cuentas como si fuera un banquero.

¿Qué quieres, hijo, qué pides? ¿un cabrito? ¿un buen becerro?

Cógelo, dijo llorando, que todo lo mío es vuestro.

Vea yo alegre tu rostro, pues vive el que estaba muerto.

Todo ha de ser alegría, que se alegra el mismo cielo.

Entra conmigo al banquete y bebe del vino bueno.

Ve al encuentro de tu hermano y dale siquiera un beso.

Perdónales, más tendrías que pedir perdón primero.

GUSTAD Y VED QUÉ BUENO ES EL SEÑOR (Sal 33)

Como el pan, así es de bueno, un pan mejor que el maná,
se parte para dar vida, plenitud y eternidad.

Bueno el Señor, como el vino que alegra sin embriagar,
entusiasma y enamora, como el vino de Caná.

Es bueno como caricia, como perdón paternal,
como encuentro del amigo, como abrazo maternal.

Bueno como medicina, como flor primaveral,
como música inspirada, como agua del manantial.

Es como el mejor perfume, como el aceite de paz,
como el viento que libera, como hoguera familiar.

Es tan bueno como el Padre que no sabe castigar,
que entrega sin pedir cuentas, que se alegra en perdonar.

Como el Hijo, así es de bueno, que a otros hijos va a salvar.
Como arco iris en la cruz, que se rompe por amar.

Es bueno como el Espíritu, que llueve sin descansar,
todo lo llena de vida, artista de santidad.

HIJO PRÓDIGO

Me levantaré.

Y tendré que ir, sé adónde y a quién. No es la primera vez.

Y sé cuáles serán mis palabras y las tuyas.

Mediré nuevamente el corazón de un Padre.

Volver a tu casa, dejarte ser Padre,
reconocer mis veleidades, renunciar a la excusa, pegar silencios como voces;
aceptar abrazos y besos, permitir que me laves como a un niño,
ser invitada de honor, participar en tu fiesta,
avivar la confianza, encenderla...

No vuelvo a tías. Vuelve el hijo;
el que se marchó de casa y malgastó tu herencia; el de siempre.

Aquí estoy, Padre, otra vez.

Vengo como me ves, como ya sabes.

Por necesidad y porque sólo en Ti halla paz mi ser pobre y vacío.

Aquí estoy, Padre, otra vez.

HOGUERA DE VANIDADES

Hagamos una hoguera, una gran hoguera con todas nuestras vanidades.
Desprendámonos, sin miedo, aunque duela el cuerpo entero,
de todo aquello que se nos ha adherido o hemos almacenado a lo largo del camino:
esos barro que desfiguran nuestro rostro,
esas cosas que insensibilizan nuestros sentidos,
esas escamas que ciegan nuestros ojos,
esos pesos que paralizan nuestros pies,
esos vestidos que ridiculizan nuestra figura.

Abramos el baúl de nuestras vanidades y hagamos una gran hoguera
con lo que crea arritmia a nuestro corazón,
corta las alas a nuestro espíritu, seca nuestras esperanzas,
encorva nuestras espaldas, perturba nuestra paz
y es fatuo o vanidoso, insustancial o quimérico...

Pidamos a Dios que prenda y queme, con su llama, nuestras vanidades.
Y entremos, débiles y con jirones, hasta el corazón de la hoguera.
Él nos acrisolará nuevamente y seremos, por su querer y palabra,
lo que Él soñó en la primera alborada: clara imagen suya,
tan humana y renovada,
que lo tiene todo con sólo decir "Abbá".

Florentino Ulibarri

PARA LA ORACIÓN

🎵 **Respuesta: Tu eres el Dios que nos salva, la luz que nos ilumina, la mano que nos sostiene y el techo que nos cobija. Te damos gracias, Señor. Te damos gracias, Señor.**

Señor y Dios nuestro, nadie perdona mejor que quien ha sentido tu perdón. De la misma manera que Tú has sido bueno y comprensivo con nosotras, ayúdanos a tratar así a nuestros hermanos. Que seamos conscientes de tu alegría por nuestro retorno a Ti.

Señor, nos maravilla tu perdón, y como no te cansas de esperar nuestra vuelta a Ti. Tu Palabra nos ayuda a descubrir dentro de nosotras todo lo que desafina en mi vida. Provoca en nosotras, Señor, los deseos de ser cada día más files a tu amor, y más acogedoras con el hermanos que desea reconciliarse contigo.

Señor Dios, Padre misericordioso, cuando contemplamos tu presencia y tu paso en los acontecimientos nuevos de cada día descubrimos tu amor fiel.

Señor, Dios nuestro, libéranos de la vida sujeta a mil ataduras, artificiales y superfluas, y guíanos a la libertad necesaria para servir a los hermanos.

Crear en Ti, Señor, es aceptar la reconciliación que nos regalas por medio de tu Hijo Jesucristo. Que nuestra fe sea adulta y duradera, y nuestra caridad generosa e incondicional.

Cf. Rev. Dabar